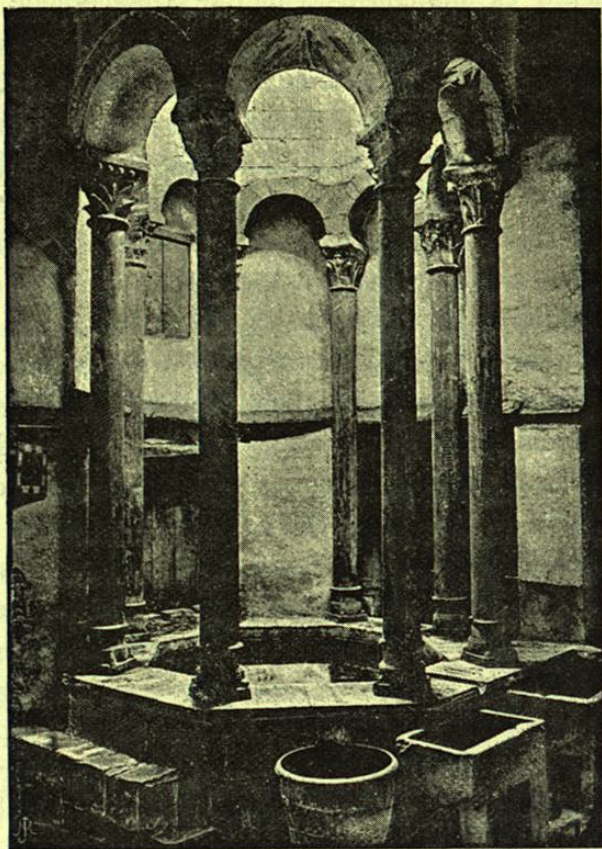


cas y bien contorneadas sobre el fondo oscuro de lo restante de la pieza, y dando cierto misterio y atractivo á aquel recinto de amor para el sensual hijo del oriente. Cobija estas columnitas una pequeña cúpula, ahora bastante maltratada por los siglos,



GERONA.—BAÑOS ÁRABES

formada de una argamasa de cal y menudas piedras. ¿Por qué produce en nosotros cierta sensación de tristeza la vista de aquella obra destinada al recreo? En verdad grande es el contraste que las ideas que despierta este monumento ofrecen con todo lo que lo rodea. Corredores solitarios y ruinosos sólo repi-

ten huecas y sordas las pisadas de aquellas pobres vírgenes del Señor, y en sus paredes, en los techos, en los patios ¡cuánta pobreza! ¡cuánta desnudez! Hasta la ojiva, la elegante y graciosa ojiva, pierde allí toda su espiritualidad, despójase de todas sus molduras, y el género gótico preséntase seco y liso como el armazón, como el esqueleto sin la carne, como el primer despunte del pensamiento sin formas. Sin embargo, allí el moro cansado de batallas soñó en la recompensa que su Corán promete á los valientes; allí, errante por los jardines ó languideciendo de ardorosa apatía al són fresquísimo del agua, trazó en su imaginación los ideales contornos de las hurís que le destinaba su profeta. Mas ahora en vez de aquellos quiméricos tipos de belleza material, divagan al rededor del antiguo baño tipos de hermosura toda de espíritu; y si alguna vez el artista logra penetrar en aquel vedado recinto, largo tiempo conserva en su alma el recuerdo de aquel silencio y austeridad espantosa, de aquella vasta tumba, pero tumba bien miserable y humilde, donde aspiran á vivir muriendo algunas pobres mujeres, al paso que no se borra de su memoria la imagen de las superiores que celaron sus pasos durante su visita, de aquellos hábitos cenicientos, duros y aplastados que caminaban sin ondular, de aquellos capuces que ocultaban facciones pálidas y deshechas, de aquellas figuras en fin que se deslizaban como visiones, sin piés, sin rostro, sin habla!

Santo Domingo

Un frontis sencillo que remata en punta anuncia á lo lejos la existencia del templo de Santo Domingo, obra elegante y sencilla de una sola nave. Con todo, ningún detalle contiene, y si algunos adornan sus paredes son tan comunes en el género gótico y en tan corto número que apenas merecen citarse (a).

(a) El altar mayor fué consagrado por el obispo Arnaldo de Monrodón en 31 de Enero de 1339.

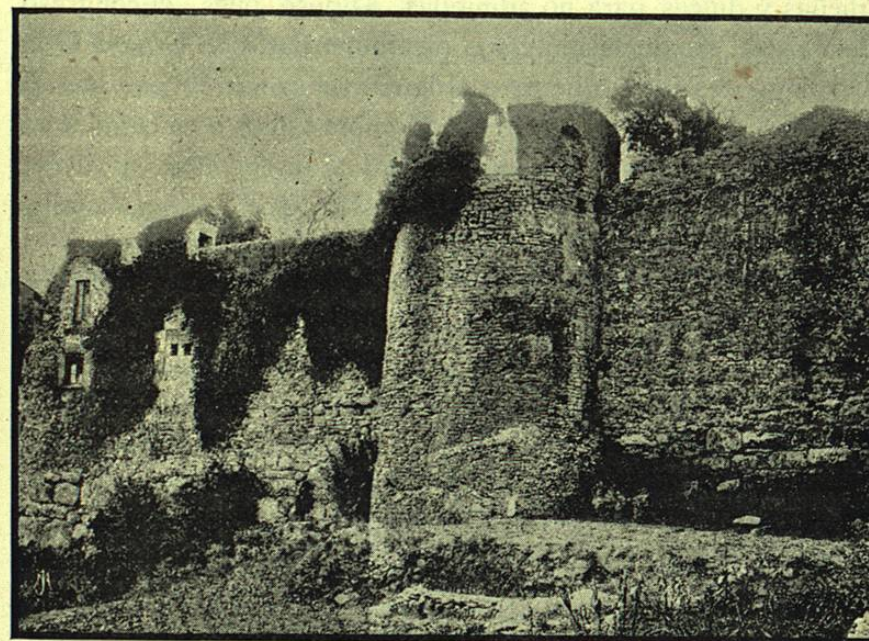
Hoy día está convertido este convento en cuartel y habilitado el templo por

Un sepulcro hay notable en esta iglesia, no por su forma sino por el personaje cuyos despojos encierra. En la capilla de San Dalmacio, á la izquierda del que entra, vese levantada del suelo como unos cuatro piés una lápida de jaspe colorado oscuro, y en ella esculpida una inscripción en letras doradas. Según se desprende de su contenido, el que allí yace fué el Excmo. Señor D. Domingo de Iriarte, consejero honorario de estado, que acreditó sus talentos políticos en varios destinos y comisiones de la mayor importancia. Entre ellas hónrale sobremanera la confianza que en 1795 le dispensó el gran monarca Carlos III. Ardía en el vecino reino de Francia la hoguera de la revolución que consumía las creencias y los sistemas que por tantos siglos habían regido en Europa. Asustados los grandes potentados de ésta, conferenciaron entre sí, y se dijeron: «No oigan los pueblos el rumor de Libertad que suena en la Francia; levantemos al rededor de ésta una barrera para que las chispas no lleven el incendio al corazón de nuestros estados.» Y pensaron ahogar el rumor de Libertad con el estruendo de las cajas, de la artillería y de los combates, mientras sus numerosos soldados trazaban con sus bayonetas un círculo de hierro alrededor de la agitada Francia. La república limitóse al principio á contener sus ataques; mas cuando el levantamiento en masa de 1793 puso á su disposición un ejército inmenso y entusiasta, cuando el talento de Carnot varió el sistema de guerra hasta entonces usado, dirigiendo desde su bufete las combinaciones de los generales, entonces á su vez atacaron los franceses, y los ejércitos de Jourdan, Pichegru, Joubert, Westermann, Marceau, Dugommier, Hoche y Kleber,

medio de un techo que lo divide en dos pisos. Desde el superior puede contemplarse la nave con sus ventanales, rosetones y ábside. La bóveda presenta el cruzamiento de sus arcos unidos en seis claves esculpturadas y policromadas, apoyándose aquellos en las sencillas ménsulas de los muros. En estos se abren esbeltos ventanales, combinados con rosos calados.

Lástima que este monumento, como otros muchos en nuestra patria, hayan de verse empleados en servicios cuya pobre importancia desdice del alto objeto por qué se fundaron, y más deplorable aún que se destruyan tan magníficas páginas del arte en aras de una economía mal entendida.

únicos nombres gratos en aquella época espantosa, pasearon la aborrecida enseña republicana por las márgenes del Rhin y del Escalda. Comprometiérase la España en la coalición de las potencias contra la república, y decidiéndose en los primeros choques á favor de nuestras tropas la victoria, tuvieron en 1795 que retirarse á Bayona y á Perpiñán los ejércitos franceses de los Pirineos orientales y occidentales. Pero al cabo siguió la



MURALLAS DE GERONA

suerte de los demás aliados, y la fortuna protegió las hasta entonces derrotadas divisiones republicanas de los Pirineos. Atacó Dugommier á los españoles, y expeliéndoles del territorio francés, tras una serie de esclarecidas victorias entró en Cataluña, al paso que Moncey invadía las provincias por el Bastán y se apoderaba de San Sebastián y Fuenterrabía. Poco después, mientras Pichegru conquistaba la Holanda y creaba allí una

nueva república, Figueras y Rosas caían en poder de las tropas, que al mando de Perignon avanzaba en Cataluña, y Moncey, después de tomar Villareal, Bilbao y Vitoria, preparábase para acabar con los restos del ejército español que se replegara á Castilla la Vieja. Tantos triunfos herían de muerte la coalición, que atónita veíase amenazada en sus mejores posesiones, prontas á ser invadidas por ejércitos que sabían conmover los pueblos, sembrando por todas partes ideas y palabras demasiado halagüeñas y dulces para no admitidas. Abrióse, pues, el congreso de Basilea, donde asistió como plenipotenciario de España Don Domingo de Iriarte, que tuvo el honor de firmar la paz con la república á 16 de Julio de 1795. Nombrado luégo embajador en París, no pudo pasar á aquella capital á desempeñar su cargo, sino que aquejado de grave enfermedad, vino á España falleciendo en Gerona á 22 de Noviembre de aquel mismo año.

Difícil empresa sería enumerar y aclarar la multitud de inscripciones que se leen en los sepulcros del claustro, si ya no se la quiere calificar de ociosa, supuesto que casi todas no contienen noticia alguna á propósito para nuestro objeto. Ofrece este de que hablamos una particularidad que no osamos llamar anomalía, que tal parecerá á los admiradores del género gótico. Sobre pilares pareados á lo bizantino cargan los arcos en ojiva la más graciosa y pura, de cuyas líneas sobresalen algunas sencillas labores caladas, como las que se ven en muchísimas ventanas del 1400: extraña amalgama de formas, quizás peculiar á Gerona, donde dominan las construcciones de los siglos X, XI y XII.

Debió este convento su fundación al obispo Fr. Berenguer de Castellbisbal, que la solicitó, y según la inscripción colocada entre las capillas de Santo Tomás y San Dalmacio principiósse el edificio á 30 de Diciembre de 1252 (1). Proseguíase con ardor en 1254, mas carecemos de datos positivos para asegurar en qué año quedó perfeccionado. Permítasenos aquí una

(1) La lápida dice así en latin: *Tertio Kalendas Januari anno Domini M.CCLIII Julii acceptus hic Gerundæ Conventus.*

ligera digresión, que reclama el solo nombre del mencionado obispo, y que echarían menos todos los versados en los anales de la corona de Aragón.

Repudiada su primera esposa D.^a Leonor de Castilla, el rey D. Jaime I *el Conquistador*, modelo de caballería y gentileza en su siglo, tuvo amores con varias señoras de sus reinos, entre las cuales la historia recuerda con preferencia á D.^a Guillelma de Cabrera y á D.^a Teresa Gil de Vidaure. Sin tratar más que á manera de indicación de aquella, que además no se sabe diese hijos al rey, hubo D. Jaime á la segunda con palabra de casamiento, y tuvo en ella dos hijos que fueron D. Jaime, señor de Ejerica, y D. Pedro, señor de Ayerve, troncos de dos ilustres genealogías. Pero, por una de aquellas súbitas resoluciones harto frecuentes en la historia de los grandes monarcas, repudió á poco el de Aragón á D.^a Teresa, que al momento entabló pleito contra él, acudiendo al sumo pontífice. No están contestes los analistas acerca de este hecho, pero comparando las fechas y las acciones no es difícil venir en conocimiento de que, al principio, no pudo la repudiada probar su matrimonio por falta de testigos, y que habiéndose éstos hallado, el Papa Gregorio IX dió sentencia favorable á la Vidaure, declarando legítimos los hijos y válido el matrimonio para cuando faltase la segunda esposa del rey D.^a Violante de Hungría. Fray Berenguer de Castellbisbal, fuese ó no requerido judicialmente por el papa á solicitud de D.^a Teresa, intervino en las declaraciones de los testigos. Pero ¿declaró el oculto matrimonio del monarca, violando el secreto de la confesión, fué ministro de aquel enlace clandestino y como tal llamado á declarar, ó sólo supo por conducto del tercero la palabra dada por don Jaime á D.^a Teresa? Cualquiera que sea la verdad de estas conjeturas, debemos creer que su declaración fué de mucho peso en la balanza de la justicia, y que tal vez la inclinó hacia la parte de la repudiada, ya que tan escandalosa y violentamente estalló contra su persona la ira del rey. Mandó D. Jaime cortar la lengua al obispo de

Gerona, y no satisfecho con tan atroz venganza, le desterró de sus estados (a). Pero el monarca aragonés era entonces el mejor caballero de la cruz, y poco tiempo pasó sin que la voz de la religión acallase la de las agitadas pasiones, y sin que aquel cuya lanza era el terror de los mahometanos temblase ante la ira del Vaticano, é inclinase la frente á las exhortaciones de un fraile enviado por el pontífice. Efectivamente, por Agosto de 1246 escribió á éste implorando su perdón, prometiendo pedirlo al obispo injuriado, y ofreciendo entre otras cosas convocar cortes para resarcir el escándalo. Después de algunas leves contestaciones, el papa, que tal vez necesitaba del brazo de D. Jaime para la cruzada que proyectara contra el Emperador Federico, envió después al obispo de Camerino que debía absolver de la excomunión al rey. Juntáronse pues en Lérida con el enviado varios prelados y magnates, y ante ellos compareció el monarca aragonés, confesando su delito y haciendo varias ofertas, que sería ocioso referir. Sin embargo el obispo Fr. Berenguer de Castellbisbal murió en Nápoles por Enero de 1254.

San Pedro de Galligans

¿Por qué los templos de Gerona, menos numerosos y magníficos que los de otras ciudades, infunden tanta veneración? El aire de antigüedad que los caracteriza, el pertenecer los más al género bizantino, y la misma disposición de sus partes, circunstancias son que nos transportan á los primeros siglos de nuestra regeneración tras la conquista de los árabes. Y hasta su misma colocación pertenece á otros tiempos más cristianos si cabe que la Edad media; y á no constar las fechas de su fundación, y si no viéramos sus formas, creyéramos estar viendo en

(a) BOFARULL (Antonio) sospecha que algún motivo más poderoso, algo político tal vez, habría para mover el espíritu del rey á tan atroz castigo contra el obispo. Véase, para ilustrar este punto: *Historia crit., civ. y ecles. de Cataluña*, tomo 3, pág. 233.

algunos de ellos santuarios de los primeros siglos de la Iglesia. Efectivamente, por una rara particularidad, están construidos como mandan las constituciones apostólicas, esto es, su puerta al occidente y su altar al oriente, y aun muchos de los modernos observan esta disposición arquitectónica. Así se observa en el de San Pedro de Galligans, monasterio situado en un valle-cito que forman la cuesta de Monjuí y la de la ciudad misma. Besan sus antiquísimas paredes las humildes y murmuradoras aguas del arroyo que toma de él su nombre y corre á confundirse con las del Oñar. Está en un extremo de Gerona, tan contiguo al muro que su campanario sirve de torre de defensa y de tránsito, y ciertamente aquel recinto bien merece una visita del artista viajero. Elévase en una plaza despoblada y silenciosa, sombreado por algunos viejos árboles, adorno imponente y magnífico en los antiguos monasterios, mudos recuerdos de aquellos tiempos de sencillez y de fe, en que á su sombra danzaban los campesinos al són de sus gaitas en las grandes festividades, ó celebraban allí sus mercados, mientras en el interior resonaban las preces de los sacerdotes. Delante, hacia la izquierda del observador, hay una iglesia llamada de San Nicolás, si podemos dar el nombre de iglesia á una obra extremadamente baja y pequeña. Sin embargo, tanto por su forma como por sus dimensiones es una preciosidad rarísima, al paso que la gracia que entre lo tosco respira cautiva la voluntad de quien la contempla. Pero hoy paredones más modernos nos roban su fachadita y buena parte de su nave, y sólo nos es dado inferir su mucha antigüedad por la inspección de lo que queda. Á pesar de que su altura en el remate apenas excede á la de un hombre, siendo á esta proporcionada su anchura, su planta es perfecta en el género bizantino, y nada le falta de lo que constituye un santuario. Su forma de cruz dibújase en el exterior con excesiva limpieza y claridad, y los tres ábsides de los dos brazos y del remate forman afuera otras tantas torrecillas apiñadas y graciosas, orladas en su parte superior con el adorno de curvas casi